



Alcalde (*con energía*).—Basta ya. Esto no es una comedia.

Juan Martín (*con amarga ironía*).—Te doy la razón, Alcalde. Esto es un drama.

(*Un breve silencio.*)

Alcalde.—¿Tiene el condenado algo que alegar contra la sentencia?

Juan Martín.—Sólo una cosa: que llega demasiado tarde.

Alcalde.—Entonces, el condenado puede volver al calabozo. En él recibirá los auxilios espirituales del caso.

Juan Martín.—Con lo cual, Alcalde, ya nada faltará para que tu conciencia se quede tranquila. Me quitas de en medio, y encima tienes la satisfacción de enviarme derecho al cielo.

Alcalde (*impaciente*).—¡Soldados, llévenle al calabozo!

Juan Martín (*con voz ronca*).—¡La horca, la horca cuanto antes!

(*Sale Juan Martín entre los dos Voluntarios por la puerta lateral.*)

Escena IV

Alcalde, Mosquete; a poco, Olalla

Alcalde.—Bravo está el mozo. (*Con involuntaria admiración.*) ¡Qué hombre!

Mosquete.—Ya veremos lo' que hace cuando le echen la cuerda al cuello. Puede que entonces se arrugue.

Alcalde.—Hay que suprimirle cuanto antes. Vivo él en esta tierra, siempre sería una semilla de cizaña.

Mosquete.—En esto tiene usía razón, señor Alcalde. (*Breve pausa.*) Pero, ¿no cree usía que a veces los muertos son semilla?

(*Con un gesto de inquietud, el Alcalde se queda mirando a Mosquete. Al cabo de unos instantes, suena una aldabada en la puerta principal.*)

Alcalde.—Abre tú, Mosquete. (*Mosquete entreabre la puerta. Con él forcejea desde el exterior Olalla, que pretende entrar. Mosquete logra cerrar la puerta de nuevo.*) ¿Quién es?

Mosquete.—Una aldeana.

Alcalde.—Déjala que pase.

(*Mosquete abre la puerta y entra Olalla, vestida de negro y con un pobre manto también negro, sobre la cabeza y los hombros.*)

Mosquete.—Aquí está.

(*Olalla se sitúa ante la mesa del Alcalde.*)

Alcalde.—¿Quién eres tú y qué quieres?

Olalla (*con bien perceptible humildad campesina*).—Señor Alcalde, yo soy una mujer de bien y una fiel servidora de Su Majestad el Rey Nuestro Señor. (*Sacando un papel de su seno.*) Mire, señor Alcalde, aquí traigo un papel que lo acredita. Hízomelo el señor cura de mi lugar. (*Entrega el papel al Alcalde.*)

Alcalde (*leyendo el papel*).—Ya veo que eres una persona como Dios manda. Sigue así, y no tendrás de qué arrepentirte. (*Breve pausa.*) ¿Y qué es lo que quieres?

Olalla.—Verá el señor Alcalde. Hace ahora como tres años, cuando andaba por estas sierras persiguiendo a don Jerónimo Merino, que Dios nos conserve, el Empecinado hizo matar a un hermano mío, sólo porque mi hermano era tan leal a nuestro Rey y a nuestra santa religión como todos los de mi familia. Mi padre está impedido. Y al enterarse de que al Empecinado lo iban a ahorcar en Roa, que todo se corre, me ha mandado aquí para que yo, cuando saliese él del calabozo, le gritase a la cara, en nombre de toda la familia: «¡Juan Martín, acuérdate de la sangre de Juanillo el Pelaire!» Porque así le decían a mi difunto hermano, señor Alcalde.

Alcalde.—Comprendo la intención de tu padre. Muy plausible. Pero, ¿no puedes hacer eso en la calle, cuando le lleven al patíbulo?

Olalla.—Así lo había pensado yo. Pero mire, señor Alcalde. Llegado ese momento, en la calle va a juntarse mucha gente. Y mi padre será gustoso, y servidora también, de que el infame se lleve bien fresco a la horca el recuerdo de su fechoría. Por eso, si usía lo tiene a bien, me gustaría que me permitiese estar ahí, en ese rincón, cuando a ese criminal le saquen del calabozo, camino del patíbulo.

Alcalde (*perplejo*).—El propósito me parece digno de todo elogio. ¿Qué hacemos, Mosquete?

Mosquete.—Yo creo, señor Alcalde, que no hay mayor inconveniente en complacer a esta buena mujer.

Alcalde (*después de pensar un momento*).—Conforme. A las cuatro de la tarde abrirán esta puerta (*señalando la principal*). Entra entonces, y te quedas sentada en ese rincón. Ahora, vete.

Olalla (*saliendo*).—Gracias, muchas gracias, señor Alcalde. Que Dios le premie su buen corazón.

(*Sale Olalla.*)

Escena V

Alcalde y Mosquete

Alcalde.—Ya ves, Mosquete, cómo sigue estando sana el alma de nuestro pueblo.

Mosquete.—Estos, éstos son los buenos súbditos de Su Majestad el Rey don Fernando.

Alcalde.—Con ellos seguirá siendo España lo que siempre ha sido. (*Breve pausa.*) Y ahora, Mosquete, vamos a hacer algo por el cuerpo, que también él es criatura de Dios. Poco antes de las cuatro, volveremos. Habrá que cuidar bien todos los detalles.

(*Salen el Alcalde y Mosquete por la puerta principal. La escena se oscurece súbitamente.*)

Escena VI

Juan Martín y El Cura Mingarro

(*Al volver la luz a la escena —pocos instantes después—, ésta representará el calabozo de Juan Martín. Tal vez pueda conseguirse el efecto iluminando con un foco el espacio donde hayan de juntarse Juan Martín y el cura Mingarro, y manteniendo en total oscuridad el resto del escenario. En cualquier caso, sobre el suelo estará el miserable*

camastro que sirve de yacija al condenado. Sentado sobre él y con la cabeza entre las manos, Juan Martín no advierte la llegada del cura Mingarro, que, vestido de ropa talar, se adelanta silenciosamente hacia él y queda en pie a su lado.)

Cura Mingarro.—Juan Martín...

Juan Martín (*levantando la cabeza y mirando fijamente a su visitante*).—¡Qué veo! ¡Si es el cura Mingarro!

Cura Mingarro.—El mismo, Juan Martín.

Juan Martín.—¿Y a qué se debe tan importante visita?

Cura Mingarro.—Me han encargado que como sacerdote me ponga a tu disposición. (*Breve pausa.*) Sabían que estuve en tu partida, y han pensado que esto sería una satisfacción para ti.

Juan Martín (*con ironía*).—Están en todo. Matan mi cuerpo, pero no hay detalle que no cuiden para que se salve mi alma. (*Breve pausa.*) Permíteme que te tutee. En un día como el de hoy, no hay hombre a quien yo no pueda hablar de tú.

Cura Mingarro.—Como quieras.

(Un breve silencio.)

Juan Martín.—¿Sabes lo que te digo, cura Mingarro? Que si tuviese que formar otra vez la partida, no admitiría curas con trabuco. Los curas, a rezar, a decir misa, y a enseñar a que los demás sean personas de bien.

Cura Mingarro.—Sólo como sacerdote he venido, Juan Martín.

Juan Martín (*con gravedad*).—Y como a tal sacerdote te recibo yo. (*Un breve silencio.*) Ya sé que te has hecho servil. (*Ante un gesto de réplica del cura Mingarro.*) No me atajes. Libre eras, y elegiste lo que te salió de dentro. Sé que te has hecho servil, y que has dicho cosas que un cura nunca debería decir. Pero vivo desde hace años defendiendo mi fe de cristiano como gato panza arriba, y por el quítame allá esas pajas de que tú seas servil no te voy a rechazar en este trance.

(Un nuevo silencio.)

Cura Mingarro (*sentándose en el poyo de madera que habrá junto al camastro*).—Dime entonces tu confesión.

Juan Martín (*riendo*).—¿Sabes que no sé cómo empezar?

Cura Mingarro.—Yo te ayudaré. (*Breve pausa.*) Ya me has dicho que sigues siendo cristiano.

Juan Martín (*con ironía*).—Aunque lo sea malamente, cristiano soy.

Cura Mingarro.—Dime cómo andas con los pecados que más han debido de tentarte. ¿Has pecado de soberbia, Juan Martín?

Juan Martín (*después de un momento de reflexión*).—Muchas veces. Cuando era guerrillero, contemplando mi partida grande después de una derrota de los franceses. Años después, viendo a mi lado tanta gente ruin y cobarde.

Cura Mingarro.—¿Y de lujuria?

Juan Martín (*sonriendo*).—¡Qué palabras emplea, cura Mingarro!

Cura Mingarro.—Mujeres, quiero decir.

Juan Martín.—¿Mujeres? Casi tantas como quise. (*Con súbita gravedad, tras una breve pausa.*) Sobre todo, una.

Cura Mingarro.—¿Y de ira?

Juan Martín.—Siempre he tenido vivo el genio, y muchas veces, muchas, se me ha disparado.

(*Suena un golpe en la puerta del calabozo.*)

Cura Mingarro.—¿Quién es?

Voz de Mosquete (*dentro*).—Dice el señor Alcalde que aligeren, que el tiempo urge.

Cura Mingarro.—¿Cómo se atreven a interrumpir tan sagrado ministerio?

Juan Martín.—La impaciencia por salvar mi alma, les quema la suya. O será que desconfían de ti, cura Mingarro, y piensan que estamos tramando mi fuga.

(*Un breve silencio.*)

Cura Mingarro.—Juan Martín, ¿te arrepientes de todos tus pecados?

Juan Martín (*tras una breve reflexión*).—No lo sé, cura Mingarro. No lo sé. (*Otra breve pausa. Entre las bromas y las veras.*) Mira, cura: yo sé muy bien que más arriba del purgatorio no he de llegar. Mis pecados... De algunos me arrepiento ahora; de otros, la verdad, quiero arrepentirme y no puedo. Seguramente, en el purgatorio cambiaré de parecer. Y si no cambio del todo, le diré a Dios con toda franqueza: «¿Me admities por fin allá arriba, con el orgullo de mi partida grande y mi querencia por aquella mujer, que ni lo uno ni lo otro me lo puedo quitar de mí?» No sé lo que Dios me dirá entonces.

Cura Mingarro (*con gravedad*).—¿Te arrepientes de tus pecados antes de morir? ¿De rodillas, Juan Martín!

Juan Martín.—¿De rodillas ante ti, cura Mingarro?

Cura Mingarro.—De rodillas ante Dios.

Juan Martín (*concentrado, sombrío*).—De rodillas ante Dios... (*Híncase de rodillas; con súbita gravedad y vehemencia creciente.*) ¡Dios, de rodillas estoy ante Ti! El odio y la saña me matan; el odio y la saña de algunos que no se quitan Tu nombre de la boca. ¡Pero lo que Tú deseas de los hombres, yo lo sé, es la libertad, el progreso y el amor! (*Breve pausa.*) ¡Dios, por mi pueblo muero! ¡Por una España con más libertad y menos pobres!

(*Hondo silencio.*)

Cura Mingarro (*desconcertado y conmovido*).—Juan Martín, nunca un hombre me hizo sentirme más cerca de Dios.

(*Sigue Juan Martín de rodillas. Mientras el cura Mingarro comienza a musitar la fórmula de la absolución, nuevo golpe en la puerta del calabozo.*)

Mosquete.—¡Vamos, vamos, que ya ha llegado la hora!

(*Oscuridad.*)

Escena VII

Alcalde, Mosquete, Olalla, Oficial, Voluntarios Realistas;
a poco, Juan Martín y El Cura Mingarro

(Al volver la luz a la escena, ésta representará de nuevo la sala del Ayuntamiento de Roa. La puerta de la calle, abierta de par en par, dejará ver al fondo las casas de la plaza mayor de la villa. En escena, el Alcalde, Mosquete, el Oficial, los cuatro Voluntarios Realistas y, acurrucada en un rincón, Olalla.)

Alcalde *(en pie, tras la mesa)*.—Oficial, vaya a buscar al condenado.

Oficial *(a los Voluntarios)*.—Seguidme.

(El Oficial, seguido por los Voluntarios, sale por la puerta lateral.)

Alcalde *(secándose el sudor)*.—¡Qué calor! ¿Cuándo acabará este día?

Mosquete.—Para mí, nunca.

Alcalde.—¿Sólo para ti?

(Tras un breve silencio, entran por la puerta lateral, por este orden, Juan Martín, el cura Mingarro, el Oficial y los cuatro Voluntarios. Todos quedan en pie, esperando que el Alcalde dé la orden de salir hacia la plaza. Grave y hondo silencio. Rómpelo Olalla.)

Olalla *(abalanzándose hacia Juan Martín)*.—¡Juan Martín, aquí estoy! ¡Aquí estoy, para morir contigo!

(Estupor en todos.)

Alcalde.—¿Qué dice esta mujer? ¡Oficial, deténgala!

(El Oficial y los Voluntarios rodean a Olalla, que habrá quedado ante Juan Martín. De un salto, éste se interpone entre el Oficial y Olalla.)

Juan Martín.—¡Qué nadie la toque! ¡El Empecinado la defiende! *(Al Oficial, que ha desenvainado su sable.)* ¿Para esto empleas tus armas, cobarde?

Oficial *(amenazando con el sable)*.—¡Vamos, vamos!

(Juan Martín reconoce el sable que empuña el Oficial: es el suyo, el que al término de la Guerra de la Independencia le regaló el rey de Inglaterra.)

Juan Martín.—¡Mi sable! ¡Es mi sable! ¡Ladrón, no amenazarás con él a esta mujer!

(No obstante los grillos que le aprisionan, Juan Martín arremete contra el Oficial y logra arrebatarse el sable. Apenas lo ha hecho, uno de los Voluntarios le da por la espalda un bayonetazo. Cae Juan Martín con el sable en la mano y los Voluntarios le rematan a bayonetazos. Hondo estupor general.)

Olalla *(con gran voz)*.—Juan Martín, viviré por tu España! *(Con voz menos vibrante, más íntima, y cayendo de rodillas.)* ¡Juan Martín, viviré por ti!

Telón

Balneario de Cestona, agosto de 1968.

Pedro Laín